



La desnudez de Onomá

Julio Olaciregui

Para Mary Luz Botero

Ahora el cuerpo de Onomá pintado como una bella culebra se refleja en las aguas de la ciénaga de Saint Cloud.

Aprovechamos para filmar estos luminosos días de abril.

“La hija de la naturaleza se hizo fotografiar en mis ojos, así, vestida de nuevo a lo salvaje...”, escribe Louis.

Ella sale de los robles y eucaliptus, viene caminando hacia nosotros, se mete en la cámara, ha salido del monte, su cuerpo desnudo está pintado con triángulos y motivos serpentinos sobre las tetas y el vientre, lleva un guayuco de algodón blanco amarrado a la cintura y entre las piernas.

El guayuco es voz caribe, un breve cinturón, una tira de algodón que los curas de Madrid llaman “taparrabo”.

En su rostro parecía haberse posado una mariposa, un aleteo de colores, así se maquilla, “pintura facial en forma de mariposa”, dice ahora Astrid Ulloa, la joven estudiante de antropología que llega al pueblo de Currulao tras cruzar el río Mulatos... Los tatuajes de Onomá la deslumbran. Ella es de senos altivos. Astrid le dedicará su libro “Kipará”.

Puedo decir que Onomá llegó desnuda a nuestra finca, aunque un taparrabo, un guayuco blanco, se envolvía entre sus muslos, y su cuerpo estaba pintado, tatuado, rayado su frente, sus pechos, su vientre con bija y achiote y verdín, triángulos y culebrillas de la tradición Emberá-Katío.

En las versiones modernas de los amoríos de Onomá y Louis se hablará de la película que inmortalizó el cuerpo de la india pintada como la más bella serpiente.

—El mundo existe para devenir un filme —dijo Juan Carlos.

Aquella historia lo había “tramado” tanto que terminó transformándose en Louis Striffler en París, buscando expresar con dibujos, fotografías y ahora con una película su amor por Onomá, la hija del brujo Cachichí.

Louis dijo que a una hora de París, en los bosques de la Celle-Saint-Cloud, podía reconstruir las selvas colombianas del Alto Sinú, allí filmaría a Onomá vestida a lo salvaje, desnuda, para que sea —cantó— “*por todos los tiempos preferida tu belleza y tu disposición a todas las otras serpientes*”.

La actriz que interpretará a Onomá se llama Romelia, es de Medellín, acaba de llegar desde “nuestra nación hermosa” a París para perfeccionar sus danzas. Todos en el cumpleaños de Mariano la miramos deslumbrados por su presencia, sus ojos indios y su cabellera rizada. Una mujer de raza cobriza, dijo Humboldt

Imaginamos su cuerpo desnudo bajo la blusa y el jeans, y semanas después, en los bosques de la Celle, al poner en escena la despedida de Louis y Onomá allá en el puerto del Alto Sinú, pudimos ver sus pinturas con los motivos de la culebra.

—La compañía minera del Alto Sinú se jodió, el oro se fundió, se perdió, se fue a otras manos, pero nos quedan los desnudos de Onomá que Louis Striffler pintó, fotografió y hasta filmó —dijo Juan Carlos.

Ese fue su orgullo, el cuento del amor del geólogo francés con Onomá prevalece ahora en las memorias, tragándose la historia de la extracción del oro a los indios del Sinú, en el noroeste de Colombia.

La historia comenzó cuando Juan Carlos leyó en París el libro de Louis Striffler, *El Alto Sinú, historia del primer establecimiento para extracción de oro en 1844*, donde cuenta su historia de amor con Onomá.

Se fue corriendo a Trocadero, al Museo de la Humanidad, para ver la máscara de oro del cacique Cachichí mencionada en el libro.

El geólogo alsaciano Louis Striffler trajo a Francia esa máscara de oro muy fina y machacada que parece el rostro de un viejo indio llorón.

La máscara de oro es el vivo retrato de mi suegro Cachichí, el padre de Onomá, gran bebedor de vino y aguardiente.

Trajo también polvo de informaciones sobre los mitos de esa gente, sobre Kasindukua, *nuestro hermano mayor que era la sangre menstrual de la madre, hijo de la cumbia*, padre de las enfermedades y curandero, conocido por convertir a las mujeres en piñas para comérselas...

Uno no responde de lo que pueda ocurrir con su propia imagen y su historia en los siglos venideros.

Onomá formaba parte de esa manada de indios semibravos que había surgido de la manigua donde vivían hacinados, “indolentes”, a la vera del Progreso. Nos tocaba a nosotros, los geólogos Franceses (dejad la mayúscula), ayudarles a buscar el oro.

El pronombre personal se diluye entre la tierra, pasan 166 años, y alguien copia tus frases, algún nuevo poeta o cineasta afiebrado decide ser nuestro descendiente, vaya.

—*Los burros prefieren la paja al oro... y como no somos burros, pues buscamos oro —ese era mi trabajo allá en esas selvas colombianas que poco a poco han ido dejando de ser “el culo del mundo”.*

Por supuesto, en París los accionistas de la Compañía minera del Alto Sinú, y toda la bolsa de valores, esperan que él les envíe muestras.

Yo consideré como una buena fortuna la ocasión que se me presentó de explorar el Alto Sinú, puesto que abrigaba la esperanza de adquirir la gloria de pintar a mi vez un país inédito.

Así se han fundido pueblos y naciones en nuestra psiquis; hay historias de amor que parecen guardadas en un museo del oro virtual, donde el arcoiris hunde sus patas en la tierra, como dice una canción sinuana.

Al regresar de Colombia a París, Louis sólo pudo calmar su locura —el llamado de la selva— cuando logró pintar el cuerpo desnudo de Onomá.

A Striffler le gustaba la acuarela, pero no sabía dibujar. Se inscribió en la Académie de la Grande Chaumière, cerca de Montparnasse.

Como él, me inscribí en la Grande Chaumière para aprender a dibujar, y también con la secreta esperanza de encontrar en los archivos algunas de las acuarelas que él comenzó allá en el Sinú y siguió trabajando aquí en París.

Aprendemos dibujando a modelos africanas, asiáticas, “*de inmovilidad lucrativa*” —copiamos a Courbet, *El origen del universo* nos hizo soñar con la selva.

Louis estuvo en sus brazos. Onomá es el Sinú, la selva, su piel es canela, cobriza, a veces con rasgos negroides. El no quiere olvidarla. Fue un deliro, quizás la malaria.

Onomá saliendo del monte, así se llama uno de los desnudos, desde el palmeral ella nos viene a buscar por las calles y muros góticos de París, ahora.

Esa noche *nuestra*, ella estaba en la calle, en medio de niños y adolescentes, de pie rodeada de unas amigas. Vino hacia mí, me agarró de la mano y en la oscuridad me llevó a la playa del hotel donde otras amigas y unos muchachos debían bailar esa noche y animar una fiesta con su ballet samboaficano ... “Asere Onomá”.

Sus maquillajes en formas de mariposas, las escamas de colores en sus pechos, sus tetas coreográficas que habían amamantado desde el fondo de las eras el fantasma de la muchacha y la eterna primavera... se mezclaron con la candela. Los tamborileros templaban el cuero de sus llamadores y dumdumbas antes de entrar a escena.

Ellos viven del baile y de la música. Su vida es el baile, no es “a veces baile”, como dice Lhasa de Sela en una de sus canciones, sino todos los días de la temporada turística, han pasado los siglos y los ex colonos vuelven al Cabo de Arboletes en su Club, y los negros los contentamos, *ay mama Inés, ay mama Inés, todos los negros tomamos café, Belén Belén...* los entretenemos, los distraemos, les hacemos olvidar sus combates, sí, les bailamos, sin rencor, por unos francos. En Francia, los Negros somos escritores de novelas para los blancos, ya lo sabéis ¿o bien...?

Los senos de las bailarinas del ballet “Asere Onomá” —desbordan por el tejido azafrán, el ombligo es poético, los vellos en las axilas-sexuales...

Quizás por celos, Tubará, una monja de familia india, les regaló unas faldas y unas blusas.

¡Un buen día Onomá y sus amigas aparecieron vestidas! Ella estaba así, como una criada barriendo el patio de nuestra hacienda “El higuerón”.

Una semana después Onomá fue por primera vez a misa con Tubará y las otras muchachas empleadas de la hacienda.

Las acuarelas de Louis se llaman: “Onomá en la jaula” (el autobús) “cantando”, “Onomá en el hotel” “bañándose con la otra bailarina”, “Aida”, “Onomá durmiendo”.

Onomá duerme semidesnuda. Al comienzo de la noche está agotada por el baile, “déjame dormir un momento”, gimiendo pide soñar, soñar. Me pongo a dibujarla mientras ella se tiende confiada en el lecho. Huele a semilla de marañón, a raíz de Kananga... apago la vela.

Onomá me había regalado un pantalón de colorinches para danzar, me acosté vestido.

En la oscuridad siento que estoy velando, espero que su deseo me resucite. He visto a la Muchacha, ahora puedo intentar describirla. Onomá está desnuda en el fondo de los montes del Sinú, a lo mejor estoy soñando, la dibujo, ya verán, ella me toca la flauta. Onomá me quedaré a vivir contigo, Onomá me haces hombre, me haces padre...

Por fin estoy viviendo en el paraíso, la soñada edad de oro. Comprendí a Montaigne cuando dice que los indios “todos los días pasan danzando”, el cariño y la intimidad brotan entre nosotros.

La edad de oro fueron esos meses en que estuve investigando todo lo concerniente a la explotación de las minas del Alto Sinú.

Llegó, sin embargo, el momento de preparar el regreso a París.

Regresar a Francia para rendir cuentas a la compañía. La idea de dejar a Onomá me tumbó, me dio una fiebre terrible, *el temor de morir en esas soledades, en ese aislamiento, vino pronto a alucinar me.*

Cuando salí del delirio recordaba haber sido el bebé de Onomá en aquella hamaca hirviente, me daba el caldo de pichón en una totuma, me cambiaba, me lavaba con agua de bija y yantén.

La víspera de mi viaje a Cartagena para tomar el barco rumbo a Le Havre sus ojos se clavaron en mí con una luz de amor dura, ónix de tristeza, deseo de piedra...

De repente comenzó a quitarse la ropa, le arrancó un botón a la blusa y luego la falda también voló... *se quedó así vestida de nuevo a lo salvaje, inmóvil como una estatua, sin hablar; recordándome la inmovilidad lucrativa de aquellas modelos que nos servían de tal en los talleres artísticos de París...*, escribe Louis. ■

Julio Olaciregui (Colombia)

Se inició en el periodismo en *El Heraldo* y luego en *El Espectador*. Ha publicado *Vestido de bestia* (relatos), *Los domingos de Charito* (novela), *Tapos al sol* (relatos) y *Dionea* (novela). Reside en París desde 1978. Adaptó para el cine *La mansión de Araucaima*, de Alvaro Mutis, filmada por Carlos Mayolo.